

Formato digital
ISSN 2542-3460
Depósito legal ZU2017000273

Formato impreso
ISSN 1317-102X
Depósito legal pp 200002ZU729

Revista de Artes y Humanidades



UNICA

Universidad Católica Cecilio Acosta



*MEMORIA
ACADÉMICA*



UNICA



ARQUIDIOCESIS
DE MARACAIBO

AÑO 24

EDICIÓN ESPECIAL | 2023



Revista de Artes y Humanidades UNICA
Volumen 24, Edición Especial 2023, pp. 201-214
Universidad Católica Cecilio Acosta – Maracaibo - Venezuela
ISSN: 1317-102X e – ISSN: 2542-3460

Platón y el dilema de las cuatro pantallas

Línea: tecnología de la educación

VIVANCO SAAVEDRA, Luis

*Universidad del Zulia
Escuela de Filosofía
Maracaibo - Venezuela*

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.11538825>

Resumen

El texto realiza un breve y sencillo comentario sobre la relación de la alegoría platónica de la caverna, expresada en el libro VII de *La República* de Platón, con los nuevos medios artísticos, informáticos y comunicacionales de los últimos cien años. Se toman en cuenta algunas de las características históricas de los desarrollos de cine, la televisión, las computadoras y los teléfonos celulares. Tales medios serían las cuatro pantallas a las que alude el texto. Contra algunos excesos y errores en el manejo y consideración de esos medios, se lanza la necesidad del diálogo como herramienta no solo para buscar y alcanzar la verdad en muchos temas, sino como modo mismo de elevación del hombre a una mejor comprensión de sí mismo y su sentido en este mundo.

Palabras clave: Platón, Alegoría de la caverna platónica

Plato and the Dilemma of the Four Screens

Abstract

This text makes a brief and simple commentary on the relation of the Platonic allegory of the Cave, contained in Book VII of *The Republic* of Plato, with the new artistic, informatics, and communicational media of the last one hundred years. Some historical characteristics of the development of cinema, television, computers and cell phones. Such media would be the four screens dealt upon in the text. Against some excesses and mistakes in the management and consideration of such media, the text stresses the need of dialogue as a tool not only to search

*Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

and reach truth in many topics, but also as a mean of elevation of man towards a better comprehension of himself and his meaning in this world.

Keywords: Plato, Allegory of the Platonic cavern.

1.

1. INTRODUCCIÓN, O ENTRANDO A LA CAVERNA PLATÓNICA

En su obra *La República*, Platón nos dio uno de los temas y alegorías más significativos y profundos, en el llamado “mito de la caverna”. En realidad, es más adecuado y exacto llamarla la “alegoría de la caverna”. Como en lo que sigue aludiré a dicho famoso pasaje, quiero aquí volver a recordarlo ante ustedes. Está un poco hacia el final de la obra, comenzando el libro VII de la misma.¹

¹ A pesar de muy conocida, presento esta alegoría extractada textualmente: “... compara nuestra naturaleza respecto de su educación y de su falta de educación con una experiencia como ésta. Representate hombres en una morada subterránea en forma de caverna, que tiene la entrada abierta, en toda su extensión, a la luz. En ella están desde niños con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar sólo delante de ellos, porque las cadenas les impiden girar en derredor la cabeza. Más arriba y más lejos se halla la luz de un fuego que brilla detrás de ellos; y entre el fuego y los prisioneros hay un camino más alto, junto al cual imagínate un tabique construido de lado a lado, como el biombo que los titiriteros levantan delante del público para mostrar, por encima del biombo, los muñecos. [...] Imagínate ahora que, del otro lado del tabique, pasan hombres que llevan toda clase de utensilios y figurillas de hombres y otros animales, hechos en piedra y madera y de diversas clases; y entre los que pasan unos hablan y otros callan. [...] ...son como nosotros. Pues en primer lugar, ¿crees que han visto de sí mismos, o unos de los otros, otra cosa que las sombras proyectadas por el fuego en la parte de la caverna que tienen frente a sí? ¿Y no sucede lo mismo con los objetos que llevan los que pasan del otro lado del tabique? Pues entonces, si dialogaran entre sí, ¿no te parece que entenderían estar nombrando a los objetos que pasan y que ellos ven? Y si la prisión contara con un eco desde la pared que tienen frente a sí, y alguno de los que pasan del otro lado del tabique hablara creerían que lo que oyen proviene de la sombra que pasa delante de ellos? ... los prisioneros no tendrían por real otra cosa que las sombras de los objetos artificiales transportados. Examina ahora el caso de una liberación de sus cadenas y de una curación de su ignorancia, qué pasaría si naturalmente les ocurriese esto: que uno de ellos fuera liberado y forzado a levantarse de repente, volver el cuello y marchar mirando a la luz, y al hacer todo esto, sufriera y a causa del encandilamiento fuera incapaz de percibir aquellas cosas cuyas sombras había visto antes. ¿Qué piensas que respondería si se le dijese que lo que había visto antes eran fruslerías y que ahora, en cambio está más próximo a lo real, vuelto hacia cosas más reales y que mira correctamente? Y si se le mostrara cada uno de los objetos que pasan del otro lado del tabique y se le obligara a contestar preguntas sobre lo que son, [...] se sentirá en dificultades y que considerará que las cosas que antes veía eran más verdaderas que las que se le muestran ahora? Y si se le forzara a mirar hacia la luz misma, [...] le dolerían los ojos y trataría de eludirla, volviéndose hacia aquellas cosas que podía percibir, por considerar que éstas son realmente más claras que las que se le muestran. Y si a la fuerza se lo arrastrara por una escarpada y empinada cuesta, sin soltarlo antes de llegar hasta la luz del sol, [...] sufriría y se irritaría por ser arrastrado y, tras llegar a la luz, tendría los ojos llenos de fulgores que le impedirían ver uno solo de los objetos que ahora decimos que son los verdaderos? Necesitaría acostumbrarse, para poder llegar a mirar las cosas de arriba. En primer lugar miraría con mayor facilidad las sombras, y después las figuras de los hombres y de los otros objetos reflejados en el agua, luego los hombres y los objetos mismos. A continuación contemplaría de noche lo que hay en el cielo y el cielo mismo, mirando la

202 Revista de Artes y Humanidades UNICA, Volumen 24, Edición Especial 2023, pp. 201-214
Universidad Católica Cecilio Acosta – Maracaibo – Venezuela. ISSN: 1317-102X / e - ISSN: 2542-3460

Esta alegoría clásica, ha convocado la atención de quienes han meditado sobre ella, aludiendo a distintos temas que pueden relacionarse con lo que en ella se expresa, desde lo religioso y lo místico hasta lo científico y lo poético, pasando por lo moral y lo político también. Pero quizá su sentido más hondo tenga que ver con lo que llamamos ‘educación’. Es por eso que lo he traído a colación en esta ocasión.

En esa alegoría, que tiene diversos sentidos, a modo de registros de un código que puede variar si se habla de arte, ciencia o política, está descrito figurativa y poéticamente el fenómeno de la educación. Ésta es quizá lo más complejo que le advino al hombre como tarea. Su etimología, *educere*, nos dice que ella consiste o consistió originalmente en *sacar* de una persona lo que ella trae al mundo de su parte, su contribución personal a la existencia. Es una tarea difícilísima, porque supone enseñar a una persona a conocerse a sí misma, y una vez que empieza a hacer esto, enseñarla a gerenciarse o administrarse a sí misma, sobre todo

luz de los astros y la luna más fácilmente que, durante el día, el sol y la luz del sol. Finalmente, pienso, podría percibir el sol, no ya en imágenes en el agua o en otros lugares que le son extraños, sino contemplarlo como es en sí y por sí, en su propio ámbito. Después de lo cual concluiría, con respecto al sol, que es lo que produce las estaciones y los años y que gobierna todo en el ámbito visible y que de algún modo es causa de las cosas que ellos habían visto. Y si se acordara de su primera morada, del tipo de sabiduría existente allí y de sus entonces compañeros de cautiverio, [...] se sentiría feliz del cambio y los compadecería? Respecto de los honores y elogios que se tributaban unos a otros, y de las recompensas para aquel que con mayor agudeza divisara las sombras de los objetos que pasaban detrás del tabique, y para el que mejor se acordase de cuáles habían desfilado habitualmente antes y cuáles después, y para aquel de ellos que fuese capaz de adivinar lo que iba a pasar, [...] estaría deseoso de todo eso y envidiaría a los más honrados y poderosos entre aquéllos? [...] le pasaría como al Aquiles de Homero, y «preferiría ser un labrador que fuera siervo de un hombre pobre» o soportar cualquier otra cosa, antes que volver a su anterior modo de opinar y a aquella vida. Piensa ahora esto: si descendiera nuevamente y ocupara su propio asiento, [...] tendría ofuscados los ojos por las tinieblas, al llegar repentinamente del sol. Y si tuviera que discriminar de nuevo aquellas sombras, en ardua competencia con aquellos que han conservado en todo momento las cadenas, y viera confusamente hasta que sus ojos se reacomodaran a ese estado y se acostumbraran en un tiempo nada breve, ¿no se expondría al ridículo y a que se dijera de él que, por haber subido hasta lo alto, se había estropeado los ojos, y que ni siquiera valdría la pena intentar marchar hacia arriba? Y si intentase desatarlos y conducirlos hacia la luz, [...] lo matarían, si pudieran tenerlo en sus manos y matarlo [...] debemos aplicar íntegra esta alegoría a lo que anteriormente ha sido dicho, comparando la región que se manifiesta por medio de la vista con la morada–prisión, y la luz del fuego que hay en ella con el poder del sol; compara, por otro lado, el ascenso y contemplación de las cosas de arriba con el camino del alma hacia el ámbito inteligible, y no te equivocarás en cuanto a lo que estoy esperando, y que es lo que deseas oír. Dios sabe si esto es realmente cierto; en todo caso, lo que a mí me parece es que lo que dentro de lo cognoscible se ve al final, y con dificultad, es la Idea del Bien. Una vez percibida, ha de concluirse que es la causa de todas las cosas rectas y bellas, que en el ámbito visible ha engendrado la luz y al señor de ésta, y que en el ámbito inteligible es señora y productora de la verdad y de la inteligencia, y que es necesario tenerla en vista para poder obrar con sabiduría tanto en lo privado como en lo público.

desde el punto moral. Pondré algún ejemplo: Esta tarea, que exige el mayor respeto de los padres (aunque, paradójicamente, a quien se le exige e inculca el respeto es al hijo), dura desde que el niño nace hasta que el adulto muere. Ciertamente, hay periodos más significativos e intensos en este proceso, sobre todo los que van desde los primeros años hasta la adolescencia. A veces el niño trae al mundo una vocación o unos rasgos que no tienen nada que ver con lo que son sus padres o sus tradiciones familiares. A veces es un gimnasta en una familia de sedentarios, o un músico en una familia en la que no ha habido músicos en generaciones, o un bioquímico en una familia donde por generaciones nadie ha accedido al bachillerato. Los niños pueden traer cosas como esa y más, a veces varios talentos al mundo. Toca a la familia primero, y luego a la escuela, no solo descubrir el alcance de tales talentos, sino cómo no interponerse ni obstaculizar su desarrollo, sino al contrario: otorgarles todo el espacio y estímulo que necesitan. Estímulo no es, como mucha gente cree, dar aliento con palabras o dar ayudas económicas. Ambas cosas son importantes, pero no son lo más importante. Estímulo es dar retos, pruebas y desafío a esa alma que trata de abrirse paso en un camino especial. Tareas y ejercicios que ayuden a desarrollar eso que se trae al mundo, que ayudan a *educir* eso que se trae el mundo, eso es educar, en ese sentido de *sacar lo que una persona trae dentro para dar al mundo*. Esta, para muchos, y para mí también, es la primera meta educativa.

Para Sócrates, según nos lo relata Platón, ese educir venía primeramente con lo que aparece como lo más importante, o al menos una de las facetas humanas más importantes: saber o tener el conocimiento suficiente y funcional más accesible del mundo que nos rodea. El objetivo de ello era para manejarnos en esto que llamamos vida: sabiendo y conociendo lo mejor posible las cosas a nuestro alcance y las más pertinentes. Ese saber, que se produce y crece en nuestras mentes, en ideas sobre las cosas (conceptos, referencias, definiciones) ¿Cómo lo expresamos? Por medio de palabras, que son nuestros hilos entre las cosas y las ideas. Luego, hace falta aprender el dominio de las palabras. No simplemente conocer algunas palabras, sino todas las más que podamos saber. Ellas son uno de nuestros principales medios o herramientas para manejarnos en el mundo y en la vida. Luego, este aprendizaje de cómo conocer y manejar las palabras sería la segunda meta educativa, tan importante si no más que la primera. Pero, a diferencia de la primera, que era competencia mayor y absoluta del educador, esta segunda meta educativa sería responsabilidad principal del educando.

Platón, para muchos el principal discípulo y vocero de Sócrates, al punto de que en muchas partes no se sabe si sus textos expresan la doctrina del maestro o del discípulo, vertió esta doctrina sobre el intercambio de palabras en sus textos inmortales. Sus textos son diálogos, y la misma palabra, ‘diálogo’, alude a este hecho principal de pasar palabras entre interlocutores. En este sentido, como nos lo recordó Borges en una hermosa intervención, Platón fue el inventor de la conversación, es decir, de la conversación culta, entre personas inteligentes. Sobre todo, se trata de que, en este intercambio de palabras o diálogo, lo que se busca, con palabras simples y comunes del día a día, es alcanzar verdades.

Alcanzar verdades quizá no trascendentales ni tan importantes, pero verdades al fin. Verdades de las cuales se podía pasar a verdades mayores y de estas a otras todavía mayores, en un proceso dialógico o dialéctico que quizá no es fácil, ni tiene por qué serlo, pero que es posible para todo humano adulto sano de mente.

Los dos objetivos antes esbozados han constituido, con variantes y diversos grados de intensidad o esfuerzo, los de las diversas formas de educar a la humanidad. Ciertamente, el primer objetivo a veces no ha sido muy tenido en cuenta, y lo paradójico en esto es que ha sido tenido menos en cuenta en las civilizaciones más avanzadas que en la menos avanzadas o aún en culturas más libres y menos desarrolladas. Es decir, en las grandes civilizaciones, incluidas las actuales, a las personas se las encamina, desde su más tierna niñez, por la ruta vocacional que deben seguir, en vez de estar atentos a sus idoneidades y orientaciones. Aunque la finalidad de tal encarrilamiento vocacional es buena (= que se puedan ganar la vida en un oficio con el cual puedan contribuir a la sociedad), también es verdad que quedan allí pospuestas las posibles expectativas y posibilidades que la persona pueda tener. Encontramos con frecuencia, aún en nuestra época, a muchas personas que nos dicen “Yo querría haber estudiado tal cosa, pero mi familia pensó que era mejor que hiciera tal carrera” o “Yo quería haber sido tal cosa en la vida, pero me hicieron estudiar para otra profesión”. Sin embargo, es de notar que esta situación descrita es un problema más netamente contemporáneo, puesto que hasta hace dos siglos al menos, la inmensa mayoría de las personas de la población humana ni siquiera se planteaban que iban a ser en la vida, puesto que desde un principio se les entrenaba en la profesión de sus padres o su familia, y asumían y aceptaban eso como algo inexorable. Que haya surgido ese problema vocacional indica el

grado de libertad alcanzado por grandes masas de individuos a lo largo de los últimos dos siglos.

Y es eso lo que convoca hoy la atención a esta pregunta: ¿Son válidos todavía hoy los planteamientos educativos de un pensador de Platón, que existió en una época sin los adelantos tecnológicos que hoy tenemos? En lo que sigue intentaré mostrar que no solo siguen vigentes muchas de las ideas de Platón, sino que en mucho se adelantó a esos mismos problemas tecnológicos que hoy surgen con relación al tema de la educación humana.

2. LA CAVERNA PLATÓNICA Y NUESTRAS PANTALLAS CONTEMPORÁNEAS

Cuando hace alrededor de 130 años comenzaron los primeros ensayos del medio cinematográfico varios llegarían a pensar que ese nuevo modo de expresión artística representaba una versión de la producción de esa alegoría de Platón. Y es un símil justificado en muchos aspectos. Pero hay algunas cosas que deben considerarse antes de establecer una postura frente a esa alegoría de Platón o aún frente al fenómeno del cine. Las visiones más simplistas, que siempre son las más flojas, o rechazan la complejidad implicada en dicha alegoría y en la cinematografía o declaran unívocos y poco trascendentes los sentidos de ambas. Ambas perspectivas lucen estrechas por lo extremas, y pierden la riqueza óptima de dichas expresiones.

Empecemos con el cine, un descubrimiento netamente contemporáneo. Dependió en sus inicios de descubrimientos previos en cuestiones sobre fijación de imágenes y proyección de estas en secuencias temporales. Se trata de cuestiones que venían explorándose desde hacía cientos de años, pero solo en el siglo XIX se pudo dar con una confluencia de adelantos técnicos que permitieron el registro de imágenes en movimiento que hoy llamamos ‘cinematografía’.

Aunque los primeros registros cinematográficos fueron hechos más de manera documental y muy sencilla (aunque muy impresionantes para los espectadores de la época), como filmar la salida de una fábrica, o la llegada de un tren, más tarde se descubrieron las posibilidades más artísticas y narrativas de ese nuevo medio, y nació no solo la tradición fílmica que hoy principalmente conocemos, sino todo un género que elaboró una nueva forma

de narrar historias y argumentos. El impacto de este segundo desarrollo de la historia fílmica en la historia universal y del arte es bien conocido, y no puedo elaborar aquí en sus interesantes características.

Dicho impacto fue múltiple, y no solo surgió el cine como una forma de arte, sino como una forma de producción económica nada irrelevante, pues desde un principio generó trabajo para miles de personas, y, tanto o más importante aún, produjo grandes ganancias que potenciaron el desarrollo de una industria que fue veloz hasta lo legendario, y que dio al cine su apodo de “fábrica de sueños”. Ciertamente, que era y es una fábrica, y de diversos sueños. Y esa diversidad nos habla de la ambivalencia del cine mismo. Ya en líneas anteriores he hablado de él como una forma de arte (de hecho, se le llama “el séptimo arte”), pero ¿acaso todo lo que se hace en cine es arte? Preguntemos otra cosa también válida: ¿Todo lo que se hace en cine es divertido, entretenido, interesante, ameno? Es una pregunta que pone en cuestión la naturaleza misma del cine o, si se quiere, del “producto” cinematográfico. Pero, dada la complejidad misma del fenómeno del cine, surgen todavía más preguntas, y una tercera, ya más platónica o filosófica, sería: ¿Acaso todo resultado cinematográfico es bueno? O sea, ¿Acaso no hay películas malas? Ciertamente que las ha habido y las habrá. Como todo lo humano, el cine es susceptible de llegar a la excelencia o descender a lo deleznable.

Esta oposición de cosas que encontramos en el cine llevó desde un principio a muchos a querer exigir de la nueva técnica los mejores resultados para la humanidad, de una manera eticista o queriendo ejercer una estética taxativa que al menos a mí me luce fuera de lugar y con un cierto sabor poco grato a utopía, como si cada nuevo invento o adelanto alcanzado por el hombre solo pudiera servir para procurar lo bueno en un solo sentido, cuando en verdad, *todo* lo hecho por el hombre es susceptible de los más variados usos e interpretaciones, inclusive algunas cuestionables o francamente malas. Aceptar eso es parte del carácter tolerante de la acción humana, pero querer reprimir o censurar lo producido por el hombre porque puede tener mal uso, es resultado de una visión bastante maniqueísta de la existencia, que prioriza los fines de la ética sobre la práctica de la libertad. Yo prefiero la libertad con sus peligros a las censuras éticas, pero respeto éstas en la medida que sean razonables o trascendentales.

Sin embargo, la cuestión del cine, vista históricamente, nos muestra que desde un principio se cuestionó esta incidencia ética del nuevo medio, y ello se hizo en mayor medida que con otras artes, como la pintura o la escultura. Resultado de tal actitud es que, ya al principio de la historia del cine, hubo producciones que trataron de mostrar ideas culturales, políticas y sociales que hoy nos lucen cuestionables o reprobables, pero que estaban presentadas de una manera estética de tan alta calidad, que obligaban a separar en el producto su incidencia como producto moral y político y su incidencia como producto artístico excelente.

Por otro lado, una de las relaciones que se empleó para interpretar o entender al cine fue la de éste con el teatro. Ciertamente hay muchas relaciones entre ambos. Ambos ocurren en un espacio especial. Ambos requieren de una ambientación especial, ambos emplean actores, en ambos hay una trama, una argumentación. Sobre todo, en ambos se intenta alcanzar una relación emocional con un público. También hay diferencias entre ambas clases de artes, y quizá la más dramática o prosaica sea que el cine es mucho más productivo económicamente como industria, que el teatro. Pero quizá la diferencia más importante entre ambos es que el teatro es algo real: son dos personas de carne y hueso, humanos como uno, que están representando una ficción; hay una relación con un público, tácita relación, inaparente, casi insensible, pero ¿acaso no es así también con frecuencia nuestra relación con lo divino y lo sobrenatural? Algunas veces, raras veces, los actores recurren al público, y éste deja de ser esa inerte “cuarta pared” de la que hablaba Stanislavski. Algunas veces, el público participa. Pero en general, el público es un espectador, a modo un poco de ese antiguo coro griego que está en algunas obras de los grandes dramaturgos de la antigüedad helénica, y que tiene como cometido comentar las acciones y orientar las preocupaciones de la trama.

En el cine no hay tal sutileza, no hay tal relación con un público sino de una manera indirecta. Lo que vemos en la pantalla es una representación, pero, en cuanto a ser, no es algo real, en el sentido de ser lo que allí se representa. El avión que vuela en la pantalla, el barco que se hunde, la pareja que se besa, la montaña en el horizonte, etc. Nada de eso *está allí*. Estuvo quizá en algún momento, pero como sabemos, la mayoría de lo que vemos en pantalla está dentro de un estudio de cine, y pocas veces se emplean escenarios o lugares reales para la acción. Y en todo caso, lo que veríamos no serían esos escenarios y lugares reales, sino *la*

filmación de esos escenarios y lugares. En este sentido, el cine es una ilusión, una mentira, pero ya dijo Picasso una frase genial, y no referida precisamente al cine sino al arte que él más practicó: la pintura. Decía: “El arte es una mentira que nos ayuda a encontrar la verdad”. En este sentido, el cine ha sido una de las formas de arte que más nos ha impactado con respecto al asunto de pensar nuestra existencia y el sentido de la vida. Ciertamente, también nos ha divertido y emocionado y hasta nos ha querido envenenar políticamente, y ha podido envilecer la vida de millones de personas también con producciones sicalípticas cuyos perjuicios a las mentes humanas es mucho mayor que cualquier posible mínimo beneficio que supuestamente aporten. Pero, en este sentido de ser un heraldo de la distracción que nos quita de la conciencia contemporánea o de ser un desviador de esa misma conciencia, el cine constituiría la primera pantalla moderna problemática. Algo de lo que aquí planteo está expresado en una hermosa película dirigida por Woody Allen, llamada *La Rosa Púrpura de El Cairo*.

En todo caso, esta primera pantalla contemporánea no ha sido tan problemática como lo fue la que vino después.

3. La segunda pantalla contemporánea: la televisión

Aunque el principio de la televisión fue desarrollado por Nipkow en 1884, y las primeras transmisiones efectivas de eventos a través del medio televisivo se hicieron en Alemania y Estados Unidos a fines de la década de 1930, la televisión, más o menos como hoy la conocemos, como un medio de difusión comercial, nació en 1948.

Por un lado, la televisión parecía cumplir unas metas o unos sueños que parecían el anhelo de la mayoría de las masas. En principio, una de las cosas que ella implicaba era que todo lo bueno del cine ahora se podía alcanzar desde la propia casa. No había que salir a una sala especial, sino que en la comodidad del hogar teníamos lo mismo, y a menos precio. Eso, por un lado. Pero luego estaba lo siguiente: podíamos tener acceso a esta segunda pantalla no un día a la semana o dos, sino todos los días, y a todas las horas del día, y podíamos elegir

entre diversas fuentes o “canales” de emisión televisiva.² La televisión traía tantos evidentes beneficios, que a la vieja malicia humana le cabía preguntarse qué pedía a cambio. Era evidente que se trataba de un medio comercial, y el conjunto de producciones que se transmitían (películas, series, programas de información, conciertos, entretenimiento, espectáculos, etc.) eran sostenidos por estructuras mercantiles muy elaboradas y fuertes, lo que convirtió a la televisión en uno de los mejores negocios contemporáneos.

Pero los problemas, nuevos problemas que originó el nuevo medio, y que no podían haber sido pensados antes, hicieron que la televisión fuera vista como un elemento que juntaba placer y amenaza. Uno de los efectos fue sobre los niños. Empezaron a perder concentración y destrezas de memoria. En la década de 1950 todavía eso no se hizo tan evidente, debido a perversas teorías educativas de moda que demonizaban la memorización (la llamaban “memorismo”), y se hizo más énfasis en la ‘comprensión’. Inclusive se habló de promover una “televisión educativa” (que, por cierto, era la que menos veían los niños). Pero los peores efectos fueron en la alta cultura, que empezó a descender en sus niveles y estándares. La excusa de esto fue que era necesaria una masificación de la información. Pero el resultado, reconocido veinte, treinta y cincuenta años después, fue la mediocrización del medio mismo, y se habló de las “promesas rotas” de la televisión (sabrás Dios cuando la industria televisiva hizo tales promesas). Es decir, el resultado fue muy parecido al de quien compra un producto creyendo en su propaganda, y luego espera que todo lo que le dijo la propaganda sea verdad. Se pensó después que alternar la televisión con la visión de videos independientes (Betamax, VHS, etc.) por parte del televidente era una solución. Pero no lo fue. Luego apareció la televisión por cable y se pensó que con eso mejoraba el medio (aparte de que se ampliaba la oferta, que en nuestro país pasó de trece canales a más de setentaicinco), pero eso tampoco resolvió en cierto modo el problema que veían sociólogos y antropólogos entre otros, y era que el medio no parecía capaz de ofrecer una mejor calidad de producto, y la calidad existente tenía a decrecer. Para muchos, la solución, evidente, era evitar el medio, abstenerse de ver televisión. Eso fue una de las hazañas personales más fuertes de nuestra época, y muy pocas personas renunciaban a la televisión. En realidad, no tenía sentido tal renuncia. El medio no ofrecía más de lo que podía hallarse razonablemente

² Al principio, las emisiones terminaban a medianoche, pero dos décadas después la mayoría de los canales transmitían las 24 horas de los siete días semanales

en él, y como todo en la vida y el mundo, lo bueno era poco y lo malo o lo mediocre era lo predominante. Se trató siempre de un consumo que tenía que ser moderado, como si se tratara de una droga que induce a la abulia. Hoy en día, cuando pensamos en las docenas de horas semanales de nuestra vida de niños, adolescentes y adultos que transcurrieron viendo esa pantalla, nos parece que mucho de ello fue insulso, anodino. Hubo, claro está, muchas cosas buenas, pero lo malo predominó. ¿Cuántas de esas horas recordamos? Muy poco. En este caso, la segunda pantalla se aproximó a la de Platón no solo por la posible visión deformada de la realidad que ofrecía, sino por lo difícil de escapar de ella.

4. LA TERCERA PANTALLA SE VISTE DE (IN)FORMACIÓN: LA COMPUTADORA

La computadora u “ordenador”, como dicen en España, también tuvo larga data, si lo miramos históricamente. En principio, se relacionó con máquinas de calcular, y algunas de estas, como el ábaco, son tan viejas como los milenios. Pero en el siglo XVII se empezaron a crear máquinas mecánicas para cálculos rápidos y efectivos que anunciaban lo que había de venir en siglos más adelante.

En el siglo XIX, Herman Hollerith desarrolló un sistema para el conteo de datos en los censos de población de Estados Unidos, y lo hizo a través de tarjetas perforadas, en las cuales, cada perforación significaba un dato. Luego este sistema se aplicó a otros ordenamientos de datos, y para la década de 1940 ya se tenía una máquina a la cual se le podían encargar cálculos extremadamente complejos, que habrían necesitado a centenares de hombres durante décadas haciendo sumas y restas día y noche para realizarlos, y que ella los podía hacer en solo unos días: estaba naciendo lo que serían las computadoras actuales (y ese mismo cálculo que tomó a las primeras varios días hoy se realiza en fracciones de segundo).

Es evidente que una máquina tan eficiente y útil iba a entrar, tarde o temprano, en el campo de trabajo. Pertenezco a la generación que conoció un mundo donde eso no existía, luego existió, de una manera algo aparatosa (un computador podía ocupar un cuarto completo de cinco por cinco metros). Hoy, una máquina mucho más potente que esa se puede llevar en un maletín y es liviana...

Ciertamente, si en un campo es válido hablar de “revolución”, es en este, de la informática. Pero aquí lo que se absorbió no fue el tiempo y el intelecto dedicado a la

distracción y entretenimiento, como con la televisión, sino el campo de trabajo. De ser una herramienta a la cual los trabajadores veían con recelo y fastidio de tener que aprender a manejarla, se convirtió en una herramienta sin la cual simplemente era imposible o impráctico realizar cualquier trabajo. Empezó a reemplazar las destrezas mentales, luego la escritura, y hoy abarca muchos otros ámbitos que no estaban en su plan original. En una computadora laptop, por ejemplo, podemos ver películas o series, podemos calcular cuestiones matemáticas, físicas, podemos conectarnos con el mundo más allá de nuestras fronteras, podemos ver imágenes de arte, podemos pervertirnos y envilecernos, podemos elevarnos y santificarnos, podemos hacernos mejores o peores. Y aparte de todo eso, podemos trabajar, ganarnos la vida. Es esta una pantalla de la cual, si planteamos la independencia, nos arriesgamos a que nos digan, con razón: “¿Y por qué querría yo separarme de mi máquina?”. Ciertamente, ¿por qué?

Lo primero quizá sería por razones de salud. La relación con la máquina es tan cómoda, tan perfecta, que podemos estar horas frente a ella, sin ni siquiera levantarnos a estirar los huesos.³ Tenemos la excusa de que no estamos divirtiéndonos, sino trabajando, haciendo nuestro oficio...

Todo lo que nos evoca tal excusa es que hace falta potenciar, o, como se suele decir ahora, empoderar nuestra voluntad y decir “hasta aquí sigo. Me levanto y al menos tendré media hora, una hora de receso”. Pero, el adelanto y progreso técnico, que nos dio tanto al darnos una máquina como la computadora, no puede darnos una mejor voluntad. Esa la debemos construir nosotros mismos. Paradójicamente, escribo esto, después de horas de trabajo... en la computadora.

5. LA CUARTA PANTALLA: ¿LA MÁS PODEROSA?

El cine, con respecto al teatro, era algo más pequeño y flexible. La televisión frente al cine es aún más pequeña. La computadora frente al televisor es todavía más pequeña. Pero la última pantalla ya nos cabe en el bolsillo: es el teléfono celular, llamado en España “movil”. Podemos llevar un mundo en el bolsillo. Es curioso que, el mismo alcance a cosas

³ No mencionados aquí, claro, son los efectos nocivos en sistemas digestivos, respiratorios, circulatorios, y daños motrices en brazos, manos, problemas de la vista, etc.

como imágenes y filmaciones sobre lugares lejanos o hechos históricos, las podemos ver en el cine, o en la televisión, o en una computadora, o también en un teléfono. Con éste, podemos ir a cualquier lado y estar en casi todos los sitios consultándolo.

También nos podemos hacer más santos o más diablos con un celular. Como en los casos anteriores, el problema de tales cosas no está en ellas mismas, sino en su relación con nosotros. Mejor dicho: el problema somos nosotros. Como en el caso de un buen licor finísimo y que causará mucho mal a quien no sabe beber y lo bebe, aquí estos medios maravillosos no sirven en el caso de personas que no estén preparadas moralmente para manejar esos medios. ¿Significa eso que se necesita, se necesitaba, una preparación moral para aprovechar esas cosas? Si no fuera así, ¿Qué es entonces lo que nos ha enseñado la historia y qué hemos aprendido de ella? El celular, por ser una cosa mucho más personal que todo lo anterior, es lo que más cuesta a la voluntad de imponérsele y ser libre ante él. El reto, como siempre, como hace dos mil trescientos años, y como ayer y hoy, es saber ser libre.

Ciertamente, el celular representa y ayuda a una gran libertad. Personalmente puedo atestiguarlo, pero creo que cualquiera lo puede hacer. A veces llegan personas a hablarme y no me interesa contestarles, y una llamada de celular me ayuda a interrumpir lo que me dicen, y me permite pensar en cómo contestar lo que me preguntan, o me permite idear una forma de librarme de ellos. El celular hace que toda espera pueda ser entretenida. El celular inclusive nos ayudaría a aprender cosas, leer obras (ya no será en libros, sino en archivo digital, pero eso es mejor que no leer nada). Sin embargo, también son muchas las paradojas de este aparato contemporáneo. Una de ellas es que nunca antes habíamos tenido más medios para poder estar en contacto con familiares y seres queridos, y nunca antes hemos estado, en las civilizaciones avanzadas, menos en contacto con nuestros seres queridos como ahora.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Para ser justos con el tema, hay que también decir que la alegoría de Platón es bastante forzada por lo inverosímil. Los hombres en la misma están presos desde su infancia “con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar sólo delante de ellos”. Es una situación irreal, improbable, y hasta rebuscada, porque en las épocas en que existía la esclavitud, este no era el modo de emplear los esclavos.

Sin embargo, también hay intuiciones sorprendentes en el texto. Platón dice que tales personas están unidas por cadenas que “les impiden girar en derredor la cabeza”. Sucede que, con las últimas pantallas, de los celulares, a muchas personas que van viéndolas ensimismadas en la calle les ha sucedido ser atropelladas por vehículos, y ello ha causado varios muertos. Quizá las otras pantallas no sean tan violentas a este respecto, pero, como ya he anotado, hablando de las computadoras, el estar trabajando frente a ellas durante muchas horas ha causado problemas de salud a decenas de miles de personas.

Quizá la mejor lección de Platón a este respecto sea justamente la necesidad de atender y cuidar el diálogo, pero el diálogo real, con personas semejantes, no con máquinas, no con “chat gpt” u otro artilugio cibernético. Sabemos, por la historia y la antropología, que nos hacemos humanos con otros humanos. Pero no es suficiente el simple estar con los demás humanos: hay que hablar con ellos, hay que extraer de nosotros el don de la palabra, sacar de nuestro interior la palabra misma, aún si ella en su banalidad oculta más de lo que dice. Porque es en ese intercambio de palabras donde no solo respetamos y honramos la humanidad de la otra persona, sino que recuperamos y reconstruimos nuestra propia humanidad.



UNICA

REVISTA DE ARTES Y HUMANIDADES UNICA

Vol.24 – EDICIÓN ESPECIAL 2023

*Publicación en formato digital a cargo del Fondo Editorial de la
UNIVERSIDAD CATÓLICA CECILIO ACOSTA. Maracaibo-Venezuela*

<https://revistas.unicaedu.com/>